

Cuadernos de la cárcel

Edición crítica del Instituto Gramsci
A cargo de Valentino Gerratana

Tomo 1

Cuadernos 1 (XVI) 1929-1930
 2 (XXIV) 1929-1933



Biblioteca Era



BENEMÉRITA UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA DE PUEBLA

INDICE

- 11 *Prefacio*, de Valentino Gerratana
37 *Cronología de la vida de Antonio Gramsci*

Cuadernos de la cárcel

TOMO 1

- 73 Cuaderno 1 (XVI) 1929-1930
Primer cuaderno
197 Cuaderno 2 (XXIV) 1929-1933
Miscelánea I

Apéndice

- 309 I. Descripción de los cuadernos
323 II. Notas

TOMO 2

Cuaderno 3 (XX) 1930
<Miscelánea>

Cuaderno 4 (XIII) 1930-1932
<Apuntes de filosofía I / Miscelánea / El canto décimo del
Infierno>

Cuaderno 5 (IX) 1930-1932
<Miscelánea>

TOMO 3

Cuaderno 6 (VIII) 1930-1932
<Miscelánea>

PREFACIO

I

Los criterios seguidos en la realización de esta nueva edición de los *Cuadernos de la cárcel* de Antonio Gramsci, aun correspondiendo en su inspiración a aquéllos anunciados oportunamente cuando tal edición fue proyectada,¹ no pueden fundamentarse adecuadamente sin insistir en la trabajosa génesis de la obra y de su fortuna. Por lo general, las controversias interpretativas originadas por la obra gramsciana prefieren prescindir de este aspecto. Se tiende a considerar esta génesis como un simple hecho, una circunstancia externa, esto es, algo a lo que no debe darse un peso excesivo en la evaluación de la importancia y del significado teórico de la obra. En tal actitud es posible reconocer un elemento positivo: el rechazo a reducir el valor de la obra gramsciana a los límites de una dimensión heroico-sentimental de “testimonio de la época”, solamente susceptible de evocaciones conmemorativas. Sin embargo, no hay duda de que separar la trama de determinadas nociones teóricas sobre el modo como aquélla se ha formado, nos expone más fácilmente al riesgo de malinterpretarlo, y, en el caso de Gramsci, tal cosa ha sucedido más de una vez.

Algo semejante, por lo demás, ha sucedido también con los juicios sobre el hombre Gramsci. La sombra de la leyenda ha acompañado siempre su actividad y su obra. Objeto de odios implacables y de sarcasmos despectivos por la forma como se entregó a la lucha política, podía suscitar por el mismo motivo una admiración que a menudo desembocó en la hipérbole o en amplificaciones deformantes. Incluso en el conocido retrato trazado por Gobetti en 1924 para *La Rivoluzione Liberale*,² cuando Gramsci fue elegido diputado en un parlamento ya fascistizado, se introdujeron algunos elementos legendarios: aparece la imagen de un Gramsci visto como “profeta” revolucionario (“más que un táctico o un com-

¹ Cfr. Valentino Gerratana, “Sulla preparazione di un'edizione critica dei ‘Quaderni del carcere’”, en *Gramsci e la cultura contemporanea*, Actas del Congreso Internacional de Estudios Gramscianos celebrado en Cagliari el 23-27 de abril de 1967, a cargo de Pietro Rossi, vol. II, Editori Riuniti-Instituto Gramsci, Roma, 1970, pp. 455-76.

² Cfr. *La Rivoluzione Liberale*, 22 de abril de 1924 (año III, n. 17); “Antonio Gramsci” (en la sección “Uomini e idee”); el artículo se halla ahora recogido en Piero Gobetti, *Scritti politici*, a cargo de Paolo Spriano, Einaudi, Turín, 1960.

batiente”), así como otros rasgos en los que se refleja más el carácter del retratista que el de su modelo. No puede decirse que aquella imagen fuese falsa, sin ninguna relación con la realidad. Debe decirse más bien que en este Gramsci gobettiano, como en otras descripciones legendarias evocadas en ese mismo periodo, la realidad es transfigurada, convertida sobre todo en mensaje de acción, fuente de repercusiones emotivas, al menos mientras logre hallar destinatarios apasionados. Ciertamente es que no eran muchos entonces estos destinatarios; en la sombra discontinua de su leyenda los vacíos seguramente predominaban sobre los llenos. En 1927, antes aún de que se efectuara el proceso del Tribunal Especial, Togliatti escribía en *Lo Stato Operaio*, la revista del Partido Comunista Italiano publicada en la emigración, su primer artículo sobre Gramsci, “un dirigente de la clase obrera”. “La historia de nuestro partido está aún por escribirse. Quien la escriba y sepa captar, por encima de los sucesos políticos y administrativos particulares, la gran línea de su formación histórica como vanguardia de la clase obrera, tendrá que dar a Antonio Gramsci el lugar de honor”.³ Pero también podía suceder que poco después, al llegar Gramsci al reclusorio de Turi para cumplir la condena que le fuera impuesta por el Tribunal Especial, los primeros detenidos políticos, incluso aquéllos de su mismo partido, con los que entró en contacto, ignoraban hasta su nombre y acogieron al recién llegado como a “uno cualquiera”.⁴

El mismo Gramsci ha dejado una colorida descripción de la experiencia que pudo hacer con su propia “fama” durante las peregrinaciones por cárceles italianas en los primeros meses de detención. En una carta del 16 de febrero de 1927 (escrita para confortar a su cuñada preocupada por su suerte) encontramos estas anotaciones divertidas: “Yo no soy conocido fuera de un círculo bastante restringido, por ello mi nombre es deformado de todas las formas más inverosímiles: Gramsci Granusci, Grámisci, Granisci, Gramásci, hasta Garamáscon, con todos los intermedios más extraños”. En la cárcel de Palermo, durante un “tránsito”, un ácrata ultraindividualista, que rechazaba cualquier nombre que no fuese “el Único” (“soy el Único y basta”) lo presenta a otro detenido: “Me presentó. El otro me miró largo rato, luego preguntó: ‘¿Gramsci, Antonio?’ ‘Sí, Antonio’, respondí. ‘No puede ser, replicó, porque Antonio Gramsci debe

³ El artículo se encuentra recogido ahora en Palmiro Togliatti, *Gramsci*, Editori Riuniti, Roma, 1967, pp. 3-6.

⁴ Cfr. Ercole Piacentini, “Con Gramsci a Turi”, testimonio recogido por Paolo Giannotti, en *Rinascita*, 25 de octubre de 1974, p. 32: “Desde hacía dos años me encontraba en Turi; una mañana la puerta del patio de ‘paseo’ se abrió y entró un hombre pequeño de estatura, un poco deforme [...]. Curiosos de saber lo que sucedía afuera, nos aproximamos. ‘¿Sois políticos?’, preguntó. ‘Me llamo Gramsci.’ Siguió preguntando a qué movimientos pertenecíamos. Yo y Ceresa dijimos ser comunistas, los otros eran todos anarquistas. A decir verdad nadie sabía quién era Gramsci, era uno cualquiera”.

ser un gigante y no un hombre tan pequeño.' No dijo nada más, se retiró a un rincón [...] y se puso, como Mario ante las ruinas de Cartago, a meditar en sus ilusiones perdidas". Más tarde, también el brigadier de la escolta, que le preguntó durante el interrogatorio si era pariente del "famoso diputado Gramsci", mostró desconcierto al descubrir que el recluso a él confiado era precisamente el "famoso diputado": "Me dijo que se había imaginado siempre mi persona como 'ciclópea' y que estaba muy desilusionado". Pero luego no renunció a exhibirle su variopinta cultura de autodidacta, y en cierto punto comenzó a llamarle "maestro".⁵

En estos episodios, aunque marginales, es lícito ver el signo emblemático de los límites impuestos a la difusión de una leyenda confiada en gran parte a una tradición oral, a los testimonios de los amigos y compañeros de lucha. Indirectamente también Gramsci contribuyó, sin quererlo, a determinar estos límites, con su negativa, por ejemplo, a autorizar la publicación de sus artículos periodísticos, aparecidos en su mayor parte anónimos en el *Grido del Popolo* y en el *Avanti!* turinés, en *L'Ordine Nuovo* semanal, y luego en todos los órganos de prensa del nuevo partido comunista. Las razones de moralidad cultural con que Gramsci justificó esta negativa (hablando de escritos del día, que debían morir "después de cada día") tal vez no lo dicen todo. Ciertamente, ayuda más a comprender el carácter del hombre —que influyó profundamente, si no andamos errados, en el carácter de su obra— aquel esfuerzo continuo de construcción de sí mismo que es la característica más original e inconfundible de su personalidad tal como se revela en los *Cuadernos* y en las *Cartas de la cárcel*. En esta fatigosa construcción de sí mismo Gramsci no vio nunca la misión de un "gigante", sino más bien el simple deber de un "hombre medio". Así, en una página famosa de los *Cuadernos*, podía hablar de su propia experiencia como peculiar de un "triple o cuádruple provinciano" cuyos procesos vitales "se caracterizan por el continuo intento de superar un modo de vivir y de pensar atrasado";⁶ y en una carta menos conocida (de noviembre de 1927) sentía la necesidad de reaccionar ante algunas manifestaciones de pánico que le había parecido advertir en algunas actitudes de personas de su familia, recordando los sufrimientos padecidos desde su juventud y las penosas condiciones que le habían templado el carácter:

Me he convencido de que aun cuando todo está o parece perdido, es preciso reanudar tranquilamente el trabajo, recomenzando desde el principio. Me he convencido de que es preciso contar siempre sólo con uno mismo y con las propias fuerzas; no esperar nada de nadie y por

⁵ Cfr. Antonio Gramsci, *Lettere dal carcere*, a cargo de Sergio Caprioglio y Elsa Fubini Einaudi, Turín, 1965, pp. 50-51.

⁶ Cfr. en la presente edición, tomo 5, cuaderno 15 (II) § <19>.